

# Las bondades de la nación

A lo largo de los últimos 200 años, los Estados-nación étnicamente homogéneos han reemplazado a los imperios

/ Michael Lind

Deberíamos compadecernos del pobre Estado-nación. Cuando se le menciona es sólo para hablar mal de él. Nos dicen que es demasiado pequeño, demasiado minúsculo para poder competir en la economía global, y demasiado débil para hacer frente por sí solo a los "temas globales" como el cambio climático. Al mismo tiempo, el Estado-nación es demasiado grande. Sus burocracias centralizadas están demasiado apartadas de los verdaderos centros de innovación, que son las ciudades y los barrios. Las culturas nacionales no pueden competir con la cultura "pop" global, ni con las culturas étnicas y regionales subnacionales.

Como si no fuera suficiente ser de un tamaño inadecuado, se ve a menudo al Estado-nación como un ente verdaderamente maligno. La idea de que pueda existir un vínculo entre el gobierno y una nación etnocultural -idea en la que se basa el Estado-nación- se considera xenófoba, chauvinista e incluso fascista. El nacionalismo está causando asesinatos y expulsiones étnicas en los Balcanes; es un milagro que todos los Estados-nación, en todas partes, no estén llevando a cabo los genocidios a los que están, por naturaleza, predispuestos.

Afortunadamente -o al menos así lo plantea la opinión general- estos dinosaurios políticos están a punto de caducar. El Estado-nación se está desvaneciendo gracias a las presiones desde arriba (como la globalización económica y las comunicaciones transnacionales) y también las que surgen desde abajo (como el multiculturalismo y los renacimientos regionales). Pronto -quizá muy pronto- un nuevo orden mundial reminiscencia del medievo, caracterizado por una miscelánea de tribus y ciudades-Estado que coexistirán en relativa armonía bajo unas cuantas instituciones globales (el equivalente al papado y al imperio europeo medieval) reemplazará la división actual del mundo en Estados nacionales.

En una serie de cursos impartidos en 1985, el historiador estadounidense William H. McNeill señaló que la era de los Estados nacionales que comenzó en 1789 llegó a su término en 1945. En un futuro posnacional, así como en el pasado prenatal, la identidad política y la identidad étnica estarían separadas, como resultado de la inmigración masiva y del multiculturalismo. En 1990, Eric Hobsbawm emuló a McNeill en su obra *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Según Hobsbawm, el nacionalismo "ya no es un programa político global, como se puede considerar que lo fueron en los siglos XIX y XX (...) los Estados-nación y las naciones retrocederán ante la nueva reestructuración supranacional del mundo. Las naciones y el nacionalismo estarán presentes en la historia, pero desempeñarán papeles subordinados y relativamente menores".

Pero en el decenio transcurrido entre el momento en el que estos autores plasmaron sus ideas y el presente, el nacionalismo ha trazado un nuevo mapa mundial y ha sido la principal causa de los conflictos. Han aparecido más de veinte nuevos Estados soberanos. Alemania se reunificó. La Unión Soviética, Yugoslavia y recientemente Serbia se han desmoronado o al menos han perdido territorio, abriendo paso a nuevos Estados nacionales más homogéneos étnicamente. Checoslovaquia se dividió de manera pacífica en las repúblicas Checa y Eslovaca. El Reino Unido parece estar siguiendo el mismo camino que Checoslovaquia; Escocia tiene su primer parlamento en casi trescientos años; Eritrea ha logrado su independencia de Etiopía, y Timor Oriental de Indonesia; asimismo, un Estado palestino de facto está logrando independizarse de Israel. Estados Unidos y China se han enfrentado en repetidas ocasiones en torno al deseo de los nacionalistas chinos de unir a Taiwán con China. Contrariamente a quienes predecían el colapso inminente del Estado-nación, el nacionalismo está vivo y goza de buena salud. Es más, es la fuerza política más poderosa del mundo actual.

Por mucho que se hable de la "balcanización" del mundo, no hay ninguna señal de que una unidad más pequeña esté a punto de reemplazar al Estado-nación. Las ciudades-Estado como Singapur y Hong Kong son anomalías (incluso, un Estado-nación acaba de absorber a Hong Kong). La división de Estados multinacionales como la Unión Soviética y Yugoslavia en Estados propiamente nacionales como Rusia o Croacia no es una señal de que los Estados-nación se desmoronarían internamente, de acuerdo con divisiones subnacionales. Algunas de las entidades multinacionales que aún persisten, como Gran Bretaña, Canadá o Indonesia, quizá se deshagan, pero esto no sucederá en países homogéneos como Dinamarca o Japón. En cuanto a Estados Unidos, es un Estado-nación multirracial, como Brasil o México, no un Estado multinacional como Canadá o Suiza.

¿Existe realmente una tendencia al reemplazo de la soberanía nacional por el gobierno supranacional, como muchos lo aseguran? La Unión Europea tiene muchos de los rasgos de un Estado: una moneda común, un parlamento, una bandera, e incluso un himno. No obstante, si la miramos más cuidadosamente, la Unión Europea es una unión aduanera que aparenta ser un país. Las naciones europeas están tan celosas unas de otras que no se permitió ninguna estampa de monumentos o paisajes reales en el euro. En vez de esto, los artistas inventaron monumentos y paisajes imaginarios: una estrategia sumamente apropiada, pues el patriotismo europeo es imaginario. Como lo escribió Raymond Aron en el decenio de 1960, "las antiguas naciones vivirán en los corazones de los hombres, y el amor por la nación europea aún no ha nacido; esto es, asumiendo que en algún momento nacerá".

Lo anterior no implica que los europeos no hayan obtenido algunos logros genuinos en cuanto a la cooperación internacional. Sólo se pretende señalar que no se puede usar el ejemplo de la Unión Europea como evidencia de que los Estados-nación estén cediendo el paso a las organizaciones supranacionales. Y si la organización regional no está superando al Estado-nación en Europa, entonces esto no está ocurriendo en ningún lado. El TLCAN es sólo un tratado comercial. La idea de un parlamento común norteamericano llenaría de horror tanto a los estadounidenses como a los mexicanos y canadienses. En Asia, se protege celosamente la soberanía nacional. El APEC y el ASEAN son foros económicos. No existe ninguna alianza multinacional asiática comparable con la OTAN; sólo hay una serie de relaciones bilaterales con Estados Unidos. ¿Acaso la inmigración y el multi-culturalismo están debilitando la identidad nacional? En Estados Unidos, el multiculturalismo se refiere a cuestiones raciales, no a la cultura ni el idioma, aspectos que los estadounidenses negros comparten con los blancos. La alta tasa de inmigración de hispanoparlantes está causando ciertas tensiones en los Estados fronterizos, pero esto representa una amenaza menor a la unidad nacional de la que significó la inmigración proporcionalmente mayor de alemanes y otros europeos en el siglo xix y comienzos del siglo xx. La inmigración tampoco está amenazando la unidad nacional en Europa o en Asia. De hecho, debido a sus bajas tasas de fertilidad, Japón y los países de Europa occidental podrían beneficiarse de un mayor número de inmigrantes, con la condición de que se asimilen a las culturas de sus nuevas tierras. Si los inmigrantes no pueden o no quieren asimilarse, entonces los países pueden limitar la inmigración.

En otras partes del mundo, la inmigración no constituye un factor importante, ya sea porque los países no lo permiten o porque no son atractivos para los inmigrantes.

El Estado-nación, entonces, no está en peligro de extinción; pero el Estado multinacional sí. A lo largo de los últimos 200 años, la tendencia más significativa en la historia mundial ha sido el reemplazo de unos cuantos grandes imperios multinacionales por un número creciente de Estados-nación étnicamente homogéneos y, por lo general, pequeños. La idea del Estado-nación se ha extendido en todo el mundo como un virus cibernético, borrando a su paso todas las formas rivales de organización política. Esto representa una ruptura radical con el pasado. Durante la mayor parte de la historia, las dos principales formas políticas fueron el imperio multinacional y la ciudad-Estado. El Estado-nación es una invención de los siglos xviii y xix. Lo hicieron posible -si bien no inevitable- las tecnologías de la comunicación como la imprenta y el telégrafo, que crearon un público masivamente informado con un sentimiento de identidad común, así como las tecnologías infraestructurales como la máquina de vapor, que permitió la integración política y comercial de grandes territorios nacionales.

Las mismas tecnologías industriales que hicieron posible la existencia de Estados-nación también permitieron que las naciones imperiales como la francesa y la rusa -y después, brevemente, la alemana y la japonesa- construyeran grandes imperios que gobernaban muchas naciones étnicas distintas. Si ambos tipos de régimen usaron la misma tecnología, ¿por qué fracasaron los imperios multinacionales como el británico o la Unión Soviética a la hora de competir con los Estados nacionales? Después de todo, en el ámbito militar y en el mercado, las economías técnicas a escala debieron haberle concedido el premio a los imperios.

La respuesta es que el Estado-nación ha prevalecido gracias a las economías psicológicas a escala. La nación étnica se puede definir ampliamente para incluir a todas las personas que comparten un idioma o una cultura común, o se puede limitar de manera estrecha a aquellos que comparten una ascendencia común. Empero, ya sea que se defina ampliamente, como en el Brasil, México o Estados Unidos multirraciales, o de manera estrecha, como en el Japón o la Suecia monorraciales, la nación étnica es la comunidad más grande con la que los seres humanos comunes pueden sentir un vínculo emotivo. Incluso las religiones universales como el cristianismo o el Islam tienden a inspirar menos devoción que sus divisiones etnonacionales: una persona no es sólo católica, sino católica irlandesa; no sólo musulmana, sino árabe y musulmana.

En muchas sociedades, la lealtad a la nación ha tenido que competir con lealtades menores a la provincia, la casta racial o la subcultura religiosa. Sin embargo, ninguna entidad más grande que el Estado-nación parece tener la capacidad de inspirar una lealtad masiva. Quizás algunas personas darían sus vidas por la Unión Europea, pero son pocas en comparación con las que se sacrificarían por Francia. Nadie se pone emotivo cuando se iza la bandera de la ONU, ni cuando se lee la Carta de la Organización de Estados Americanos.

Las naciones y el nacionalismo serán entonces los principales actores en la política mundial durante las generaciones o incluso los siglos venideros. Algunos opositores del nacionalismo, reconociendo esta pauta, han intentado promover una distinción entre el nacionalismo malo, "étnico" o basado en "la sangre y la tierra", y el patriotismo bueno, "cívico", "constitucional" o "territorial". Nos dicen que el nacionalismo étnico es retrógrada porque se basa en la lealtad a una nación étnica, y no a un Estado. El patriotismo cívico, constitucional y territorial es progresista porque se basa en el compromiso con un ideal político. Como la mayor parte de las dicotomías maniqueas, el contraste entre el nacionalismo étnico y el patriotismo cívico sesga el debate desde un principio al definir sus términos de tal manera que un lado está identificado con la virtud y la verdad. El problema con el patriotismo cívico es sencillo: no existe, y nunca existió.

Los países que se consideran modelos ejemplares de patriotismo cívico no-étnico (Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos) no lo son para nada. Aquello que desde el interior de estos países parece ser una ideología cívica, desde fuera se asemeja sospechosamente a la cultura nacional. En teoría, el Reino Unido es un Estado multinacional; no obstante, como casi nueve de cada diez británicos son ingleses, Gran Bretaña parece ser en realidad un Estado-nación étnico inglés, con diversos tipos de minorías.

Francia tiene una tradición de universalismo de la Ilustración, pero esa tradición se ha apoyado en un nacionalismo tribal anticuado con un panteón étnico que incluye a Juana de Arco y Vercingetorix El Galo.

Nosotros los estadounidenses estamos orgullosos de poder decir que Estados Unidos, a diferencia de esas naciones malévolas de "sangre y tierra" del viejo mundo, es una "nación universal" que se "fundó de acuerdo con un ideal". No obstante, estas aseveraciones son una propaganda que surgió apenas a mitad del siglo xx. Desde la época de los fundadores de la nación hasta la desaprobación mundial del racismo que ocasionó el Holocausto, Estados Unidos fue un país de supremacía blanca. Sólo las "personas blancas libres" podían convertirse en ciudadanos naturalizados estadounidenses entre 1790 y el decenio de 1940. La mayoría de los líderes e intelectuales estadounidenses daban por hecho que existía una nacionalidad étnica estadounidense, descrita como angloamericana, anglosajona, sajona, germánica o incluso "aria". Aunque esta idea excluía a los afroamericanos y a los estadounidenses de origen irlandés, no era del todo incorrecta: hasta principios del siglo xx, la mayor parte de los estadounidenses eran descendientes de ingleses o escoceses-irlandeses (hoy, más estadounidenses tienen ascendencia alemana o irlandesa que inglesa). Thomas Jefferson y Abraham Lincoln estaban a favor de un país exclusivamente blanco; llegaron hasta el final de sus vidas deseando que los esclavos negros liberados y sus descendientes pudieran "establecerse" en África o en Centroamérica (Lincoln describía esto como "deportación").

Sólo ha sido en generaciones recientes que los intelectuales estadounidenses de la era posracista han intentado definir la identidad estadounidense en términos de ideología política o patriotismo cívico. Esa definición no-étnica de la identidad estadounidense ha perdido constantemente la batalla frente al multiculturalismo, visión según la cual Estados Unidos es un Estado multicultural basado en cinco naciones étnicas definidas racialmente: blanca, negra, latina, asiática e indígena americana (*native american*). Los conflictos en torno a las cuotas raciales, los distritos legislativos basados en la raza y el contenido del curriculum refutan la idea de que Estados Unidos es de alguna manera una nación "cívica universal".

No obstante, ¿acaso el concepto "territorial" de la ciudadanía que hay en Estados Unidos no es ilustrado en comparación con las concepciones "raciales" de los países europeos y asiáticos? Nosotros los estadounidenses nos ufamamos de la superioridad moral de nuestro sistema basado en el *jus solis*, o ciudadanía de acuerdo con el lugar de nacimiento, por encima del sistema de *jus sanguinis*, o ciudadanía basada en la familia, que se usa en la mayor parte del mundo. Empero, en palabras de la actriz Tallulah Bankhead después de ver una obra de teatro *avant-garde*, "detrás de esto hay menos de lo que pareciera haber". Estados Unidos no tuvo ninguna ley nacional de ciudadanía antes de la guerra civil; para ser ciudadano estadounidense, uno debía ser ciudadano de alguno de los Estados, que tenían la libertad para establecer sus propias normas. Al abolirse la esclavitud después de la guerra civil, fue necesario que varios millones de afroamericanos se convirtieran rápidamente en ciudadanos; esto se logró mediante la 14a cláusula constitucional, según la cual toda persona nacida en el territorio estadounidense era ciudadano de ese país. El sistema estadounidense de *jus solis* se adoptó para poder hacer frente a una situación única y particular; nunca se tuvo la intención que de fuera un modelo de política ilustrada para el resto del mundo. De hecho, es una política en cierta manera poco ilustrada, dado que permite que los hijos de inmigrantes ilegales sean ciudadanos nada más por el hecho de nacer en territorios estadounidenses. Los hijos de ciudadanos estadounidenses que nacen en Francia mientras sus padres estaban de vacaciones allá no son franceses (al menos, no automáticamente), y no hay ninguna razón por la cual deben serlo. Fuera de Estados Unidos, muchos de los países con ciudadanía "a en el *jus solis* están en América Latina, una región que no ha estado asociada con el auge de las democracias liberales. Finalmente, incluso hoy, en uno de los pocos momentos históricos de gran inmigración a Estados Unidos, nueve de cada diez estadounidenses obtuvieron la ciudadanía a la manera siniestra del viejo mundo: por ser hijos de padres esta-  
dounidenses.

La aseveración de que el nacionalismo es intolerante es una verdad a medias. Cualquier tipo de comunidad política, sin importar qué tan tolerante sea, tiende a reaccionar de manera reacia si se amenazan sus principios legítimos. Los imperios dinásticos que toleraban la diversidad cultural no soportaron las amenazas al gobierno monárquico; los Estados leninistas quizá abandonen el socialismo a cambio de un sistema de mercado, pero reprimirán cualquier amenaza a la dictadura unipartidista. La identidad nacional es el principio legitimador de la mayoría de los Estados modernos. En aquellos lugares donde la existencia de una nación étnica o su Estado-nación está más amenazada (como ocurrió en Yugoslavia) el nacionalismo tiende a aparecer en su forma más terrible. De la misma manera, en países con fronteras establecidas y una cultura nacional aceptada, el nacionalismo tiende a ser benigno. No obstante, como lo demuestra la historia reciente de Europa occidental, incluso el nacionalismo latente de las naciones ya establecidas puede despertarse si parecen estar amenazadas las bases mismas del Estado-nación, ya sea por parte de la Unión Europea o por la inmigración musulmana.

El hecho de que el nacionalismo es exclusivo por definición no significa que es inherentemente malo. Ciertamente, atrocidades como la limpieza étnica y el genocidio se han cometido en nombre del nacionalismo. Pero al mismo tiempo, también es cierto que los internacionalistas han llevado a cabo limpieza étnica y genocidio en el nombre de ideologías cosmopolitas. Los comunistas soviéticos y chinos compilaron el peor récord de asesinatos políticos en la historia de la humanidad, con un saldo mucho mayor de muertes que todas las guerras de independencia nacional, en el nombre del socialismo internacional. Desde la Edad Media hasta la fecha, los cruzados y terroristas cristianos y musulmanes han estado dispuestos a asesinar, torturar y robar en el nombre de Dios y la hermandad de los hombres. Realmente no es justo señalar a Hitler como el típico nacionalista y a Albert Schweitzer como el típico internacionalista. Sería igualmente absurdo tratar a Gandhi como el típico nacionalista y a Stalin como el típico internacionalista.

El nacionalismo imperialista es malo porque es imperialista, no porque es nacionalista. Vale la pena recordar que la mayor parte de los imperios han sido construidos por dinastías, religiones o ideologías seculares como el marxismo leninismo. El nacionalismo cultural, por lo general, es demasiado introvertido como para servir de base de una ideología imperialista. A menudo se usa la Alemania nazi como ejemplo de los males del nacionalismo, pero la ideología de Hitler era en realidad una especie de transnacionalismo racista, según la cual todos los verdaderos "arios" estaban emparentados, ya sea que compartieran una cultura e idioma común o no. De todas formas, los nacionalismos antiimperialistas son mucho más numerosos que los nacionalismos imperialistas, por la sencilla razón de que las pequeñas naciones étnicas tienen suficientes problemas para mantenerse a sí mismas como para intentar conquistar otras regiones, mucho menos el mundo. El propósito de la mayor parte de los nacionalistas no consiste en nada siniestro, sólo intentar preservar la identidad de una comunidad étnica y lingüística relativamente pequeña, al obtener y mantener independencia como una comunidad política soberana.

Por esta razón, es absurdo echarle la culpa a los movimientos nacionalistas en los Balcanes por las dos guerras mundiales del siglo xx. El nacionalismo en el ya decadente imperio Habsburgo fue el detonador de la primera guerra mundial, no la causa de ella. La verdadera causa de la primera guerra mundial fue la ambición alemana de convertirse en el supremo poder mundial, al convertirse en el poder dominante europeo: una ambición que amenazaba los intereses de Rusia, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, todos ellos imperios.

En vez de culpar al nacionalismo de haber causado las guerras del siglo xx, que realmente surgieron a raíz de rivalidades imperiales, debemos darle algo de crédito por la derrota de las tiranías transnacionales del nacionalsocialismo y del comunismo al particularismo terco y desafiante de los nacionalistas antifascistas y anticomunistas en Europa y en Asia. Nacionalistas desde Francia hasta Polonia y Grecia lucharon heroicamente para evitar que sus países desaparecieran bajo el nuevo orden hitleriano; asimismo, nacionalistas desde Asia central hasta las repúblicas bálticas deshicieron el imperio soviético cuando la élite soviética ya no tenía la capacidad para sostenerlo mediante el terror.

Algunos de estos nacionalistas antinazis y antisoviéticos eran demócratas, y otros no. Pero incluso los partidarios y los disidentes que sí tenían valores democráticos no querían la democracia en abstracto. Querían la democracia para su propia gente: para los daneses, los ucranianos, los lituanos, los polacos. Gracias en parte a sus batallas para lograr una autodeterminación nacional "estrecha" y "etnocéntrica", el mundo se salvó de la dominación totalitaria supranacional. Johann Gottfried von Herder escribió en 1791: "la Naturaleza ha separado las naciones de manera tan maravillosa, no sólo por medio de bosques y montañas, mares y desiertos, ríos y climas, sino particularmente mediante idiomas, inclinaciones y caracteres, para que sea más difícil la tarea que se propone el despotismo subyugador..."

Los críticos del nacionalismo tienden a asumir que el sentimiento nacionalista es de alguna manera incompatible con la democracia. De hecho, la relación tiende a ser inversa. Casi todas las democracias estables son Estados-nación, mientras que los Estados multinacionales tienden a ser dictaduras. La razón por ello es sencilla. En una sociedad monoétnica, el poder étnico no está en juego; cualquier partido que gane en Suecia estará conformado por suecos. Eso significa que pueden surgir coaliciones políticas basadas en varios otros aspectos de la identidad: clase social, religión o ideología política. Por otra parte, en una sociedad multiétnica, los partidos políticos generalmente se forman en torno a los principales grupos étnicos. Cada grupo étnico tiene temor de que los demás tomen el control del aparato gubernamental. En Bélgica, los flamencos se preocupan de que los valones (walloons) serán demasiado poderosos; en Canadá, los anglocana-dienses y los quebequenses se miran con recelo. En los peores casos, como en Yugoslavia y Líbano, la competencia entre los grupos étnicos se convierte en guerra.

La dictadura de Tito fue lo único que mantuvo unida a la Federación Yugoslava. La Unión Soviética se dividió en diversos segmentos nacionales en el momento en que se permitió cierto grado de democracia. Hay muy pocas democracias multiétnicas estables. Aquellas que sí existen, como Suiza, tienden a basarse en arreglos constitucionales complejos, como sistemas elaborados de federalismo y sistemas igualmente elaborados de distribución del poder. Los filósofos políticos y los editoria-listas pueden divertirse formulando esquemas detallados de repartición del poder para una Bosnia o un Kosovo multiétnico. No obstante, quienes formulan las políticas de manera realista tienen que enfrentarse al hecho de que los sistemas para compartir el poder rara vez funcionan.

Cuando un Estado como Yugoslavia se ha desmoronado porque las naciones étnicas que incluye ya no quieren vivir juntas, es una locura que los actores externos intenten forzarlos a estar unidos en un matrimonio forzado, o más bien, en un segundo matrimonio a fuerzas. En estas circunstancias, está en el interés de todos que los poderes externos actúen como consejeros del divorcio, para asegurar que éste ocurra con el menor derramamiento de sangre posible. El camino más sensato quizá consista en convertir una ruptura temporal en una división permanente, y reconocer formalmente la existencia de dos nuevos Estados-nación. Los resultados no siempre serán justos: algunos individuos no podrán regresar a sus casas; algunos grupos se convertirán en minorías atrapadas dentro de nuevas fronteras. Pero en la diplomacia, como en el resto de la vida, lo perfecto es enemigo de lo bueno. La justicia inexacta de la división puede ser aceptable si evita una guerra sin fin o los eternos intentos de mantener la paz.

Los Balcanes no son el único lugar en el que quizás no haya nunca paz duradera ni prosperidad mientras no se redefinan las fronteras al menos aproximadamente de acuerdo con divisiones nacionales. En la África subsahariana, la mayoría de los Estados son creaciones artificiales de los administradores coloniales británicos y franceses. El mapa de los gobiernos africanos no coincide con el mapa de las naciones étnicas africanas. No hay ninguna nación nigeriana ni sudafricana, así como nunca hubo ninguna nación yugoslava ni soviética. Una de las razones por las cuales tantos Estados africanos son dictaduras es que se requiere del uso de la fuerza para evitar que estas invenciones artificiales se deshagan, causando guerras civiles entre las naciones étnicas rivales, como los hutu y los tutsi en Rwanda y Burundi. (Por cierto, uno de los residuos desafortunados del racismo e imperialismo occidental es la tendencia a describir las naciones de Europa occidental como

naciones, las naciones de Europa del este como grupos étnicos, y las de África como tribus.) Cualquier intento por hacer que las fronteras políticas correspondan con las naciones étnicas africanas, como en los Balcanes, sería imperfecto y desordenado. Empero, la alternativa -preservar las reliquias políticas del colonialismo europeo a costas del autoritarismo y el conflicto interno eterno, junto con la pobreza que los acompaña- es mucho peor que trazar de nuevo una frontera por aquí o por allá.

No hace falta decir que la mayoría de los varios miles de grupos étnicos en el mundo son demasiado pequeños para tener su propio Estado, aunque el ejemplo de los eslovenos confirma que la soberanía estatal es posible incluso para naciones muy pequeñas. Los sorbs y los wends de Alemania nunca tendrán su propio Estado-nación, y tampoco la tendrán los amish de habla alemana en Estados Unidos. No obstante, el hecho de que cada grupo étnico minúsculo no califique para convertirse en un Estado no desacredita el deseo de independencia que puedan tener naciones étnicas más grandes, como los kurdos.

¿En que momento habrían demasiados países? Entre 1945 y la fecha actual, el número de Estados miembros de la ONU creció de 51 a 188. Si se agregan una o dos decenas más de Estados-naciones, no habría un caos. En cualquier momento dado, sólo hay unas cuantas potencias militares y económicas en el mundo, y el orden internacional depende de las relaciones entre ellas, no del número de pequeños Estados que hayan.

La mayoría de los Estados-nación son relativamente pequeños, pero esto no tiene que ser un impedimento. Un Estado-nación pequeño puede aprovechar las economías comerciales a escala al participar en el mercado global o al asociarse con bloques comerciales como la Unión Europea o el ASEAN; también puede aprovechar las economías militares a escala al adherirse a una alianza militar como la OTAN. Gracias a su soberanía política, un Estado-nación -incluso uno pequeño y débil- puede negociar la naturaleza de sus relaciones con sus socios comerciales y aliados militares. Esto es algo que ninguna minoría étnica dentro de un Estado multinacional podrá hacer jamás.

En este sentido, es útil distinguir el internacionalismo del transnacionalismo. El internacionalismo supone la existencia de naciones distintas que interactúan de manera voluntaria. El transnacionalismo supone la desaparición de los Estados-nación y que sean reemplazados por otra cosa: tribus subnacionales, bloques supranacionales.

Mientras que la supuesta tendencia al transnacionalismo es un espejismo, el crecimiento del internacionalismo es real. Es la consecuencia del fin de la guerra fría y de la división de los países del mundo en bandos opuestos, más que del Internet o de los tratados comerciales. No hay ninguna contradicción entre la multiplicación de Estados nacionales y la creciente integración internacional. Eslovenia escapó de su membresía involuntaria como parte de Yugoslavia, y solicitó inmediatamente admisión a la OTAN y a la Unión Europea. Es una exageración afirmar que cuando un Estado se afilia a una alianza militar o a un bloque comercial está "renunciando a su soberanía". Al contrario, está ejerciendo su soberanía, mientras tenga la opción de dejar la alianza o el bloque comercial si así lo desea.

La globalización del comercio es un ejemplo de internacionalismo, no de transnacionalismo. Un noruego quizás pida un producto de Tailandia por Internet, pero aún es un noruego: el gobierno noruego le puede gravar impuestos o mandarlo al ejército, y el gobierno tailandés no; y es el gobierno noruego, no el tailandés, quien provee sus servicios de salud y su pensión con recursos recaudados de los impuestos de sus compatriotas noruegos. La globalización les está dando una nueva forma a los Estados, mas no los está reemplazando.

Todo esto plantea una pregunta interesante. Si el Estado-nación está vivo y saludable, y si el nacionalismo no es de ninguna manera un ente malévolos, como se suele caracterizar, entonces ¿por qué se repudia tanto el nacionalismo y por qué hay tanta propaganda a favor de varios tipos de sistemas supranacionales de orden mundial? Una razón es obvia: la mayor parte de los Estados en África, y en el Medio Oriente y gran parte de Asia son entidades no-nacionales cuyas fronteras están amenazadas por movimientos nacionalistas. Las Naciones Unidas realmente deberían llamarse los Regímenes Unidos, dado que muchos de los miembros de la Asamblea General son Estados multinacionales que se mantienen

unidos mediante la represión. Por razones obvias, muchos de estos gobiernos preferirían sacrificar la autodeterminación frente a lo sagrado de las fronteras heredadas, sin importar qué tan absurdas o anacrónicas sean estas fronteras. Sin embargo, esto no explica la hostilidad tan intensa al nacionalismo que se ve en los medios de comunicación occidentales, ni todos los comentarios en torno a la idea de que el Estado-nación se está desvaneciendo.

Cada segmento del espectro político occidental -izquierda, centro y derecha- tiene su propia versión ideal del cosmópolis. La izquierda socialista ha tenido la esperanza a lo largo de casi dos siglos, y a pesar de toda la evidencia, de que las lealtades de clase internacionales prevalecerán por encima de las lealtades nacionales compartidas por todas las clases. Los libertarios quieren reducir a los países a meros códigos de barras en un mercado global libre. La influencia del milenarismo protestante y la del evangelismo se pueden encontrar en el internacionalismo liberal británico y en el liberalismo wilsoniano estadounidense. Incluso hay cierto tipo de internacionalismo conservador, aunque sea aquel de los tradicionalistas reaccionarios como John Lukacs, que tienen nostalgia de la Europa cristiana, pre-nacional y aristocrática, en vez de la de los populistas y nacionalistas que dominan la derecha en la mayor parte de los países occidentales. (Dado que la mayor parte de la humanidad letrada y civilizada vivió durante la mayor parte de la historia dentro de imperios no-nacionales –algunos de ellos, como China o Roma, de larga duración e importancia cultural- es sorprendente que no haya más de este tipo de nostalgia conservadora hacia las civilizaciones imperiales.)

Pese a que a las clases habladoras les parezca o no, dentro de un siglo habrá más Estados nacionales en el mundo y menos Estados multinacionales. Los Estados-nación como Japón, Rusia, China, Estados Unidos, Alemania, India y Brasil seguirán aquí en alguna forma u otra. No obstante, muchos, si no es que todos, los Estados multinacionales habrán desaparecido del mapa. Quizás una federación de Estados nacionales (Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales) reemplace al Reino Unido. Australia y Nueva Zelanda serán repúblicas soberanas. Es poco probable que Canadá sobreviva al siglo xxi; la única interrogante pendiente es si las provincias de habla inglesa se unirán a Estados Unidos o sobrevivirán por sí solos cuando se desintegre la federación. Indonesia y Malasia quizás sean reemplazados por una variedad de Estados nuevos y más pequeños. No todo el nacionalismo del siglo venidero será desintegrador. Quizás se logre una unión de Albania Mayor con Kurdistán, por ejemplo. El levantamiento inevitable en contra de las monarquías que aún existen en el Medio Oriente quizá tenga como resultado la amalgama de partes del mundo árabe, una región donde los burócratas coloniales franceses y británicos definieron las fronteras actuales hace apenas una generación. No todas las naciones lograrán convertirse en Estados: es improbable que China libere al Tíbet, y no se prevé que India permita la existencia de un Estado nacional sikh. El progreso o la decadencia de África dependerá en gran parte de si la comunidad internacional permitirá que surjan genuinos Estados nacionales de los escombros de los regímenes poscoloniales. En algunos casos, como la división del Reino Unido, estos cambios podrán ocurrir de manera pacífica; en otros casos quizá conlleven un enorme sufrimiento, e incluso detonen conflictos entre grandes potencias rivales.

Se puede argüir que, por lo general, los resultados buenos que ha traído el reemplazo de los imperios multinacionales dinásticos y de las dictaduras de Estados nacionales, que al menos tienen la posibilidad de convertirse en democracias liberales estables, han sido mayores que los malos resultados que acompañan la desintegración de los Estados-nación. En todo caso, el futuro parece estar claro. El siglo xix fue el del nacionalismo, así como el siglo xx. Es probable que el siglo xxi también lo sea i

Traducción: Adriana Alcántara.

El autor es profesor de cátedra en el New America Foundation en Washington DC y escribe obras de ficción, no-ficción y poesía. Este artículo se publicó originalmente en *Prospect* de octubre del 2000 y aparece en *Este País* con permiso de *The New York Times Syndication Sales Corporation*.